

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO VI

Coordinación

ALFREDO ÁVILA
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2008

NÚMERO 1003

Diálogo o lo que se le quiera llamar entre los fundadores de órdenes monásticas. Copia.—
5 de agosto de 1817

No 9.— Número 9.— Pocas chanzas replicó este señor Caballero en disputa. Eso de tus sermones pregunta a los doctores de París si les gustaron, y que te los paguen. A lo menos no me negaras mis llagas como yo te dispute las de Catarina. Si tu dices que la Virgen te inspiró el rosario, la santa emulación inspiró a mis hijos la corona que siendo más chica te las apuesta a indulgencias, y sobre todo mis compañeros legos aseguran, que yo recibí de Jesucristo mismo la bula de la porciúncula. Si tu alegas que éste aprobó la doctrina de Tomás, yo pretendo que la Virgen aprobó la de Escoto su contrario. Si tú me ganaste el pleito de la sangre de Jesús unida a su divinidad en el triduo de su muerte; yo llevo a tu pesar en triunfo la concepción de María. Estamos patas. Si añadieres como sueles que ésta te dio el hábito que vistes, traslado a algunos de tus frailes que te lo niegan, yo si que lo llevo azul conforme vio a la Virgen mi monja de Agredo su cronista, y segunda Biblia de la Iglesia.”

¡Otra blasfemia peor! exclamó Santo Domingo. ¿No sabes qué estás ante el primer inquisidor del mundo? ¿Farruquillo? ¿Y tú no sabes Dominguejo, le replicó él, que yo inventé la pólvora para volarte a tí y a tus cárceles? Ya veo que no callarás predicador por antífrasis, y es necesario que yo te enseñe cual es la *verdadera fraternidad*. Dijo: y haciendo como el rayo cinco chorizos de su cuerda en número de las cinco llagas, avanzó en serafín ardiente a imprimir otras tantas en la cabeza de su hermano Domingo.

Éste, desprovisto por entonces enteramente sino de su lengua evangélica lo predicaba dicterios y espumarajos; pero fueron confundidos por la misión fervorosa de una

chusma de San Franciscos que le rodearon, imberbes y barbones, pelados, peludos y pelones, calzados, descalzos del todo, descalzos por sinécdoque, y descalcillos; negros, blanquizcos, grises, foscos, pajizos, color de piojo, barrocos, piojosos, bigarrados, y de todos los colores de los caballos, que aunque coreándose unos a otros como San Franciscos espurios y pervertidores de su sagrado capuchón, estaban uniformes en batir con sus chorizos de cuerda al mal— hadado Caballero Guzmán.

Viéndolo tan mal parado San Norberto, a ley de buen Caballero, escudó a su camarada con un bote de hoja de lata, en que se decía contenerse la ejecutoría de sus cuatro abuelos. San Pedro Nolasco se acordó por fortuna que don Domingo lo era suyo, y celebró la ocasión de libertar a un cautivo, ya que por no haberlos tiempo ha, murmuraba el mundo que sus órdenes calzada y descalza eran ociosas. Pero todas sus armas se reducían a la alcancía de la limosna, y los grillos de un loco que el llamaba de Argel, y con los que metía todo el ruido posible. Alarmaronse al toque conocido de semejante tambor San Juan de Mata, y San Félix de Valois y su compañero; pero no quisieron reforzarlo por haberles él desacreditado la Virgen del Remedio, y hallarse en pleito sobre el rosario de Trinidad, el hábito y la antigüedad con santo Domingo. *Manet altamente repostum.*

Éste estaba enteramente bloqueado por el rudo somatén de los Santos *sans—culotes*, y pereciera sin recurso si la caridad no hubiera traído en su socorro al tomista San Juan de Dios, que otra vez lo ayudó contra Raymundo Lulio, y que ahora levantándoles las faldas, esgrimía su jeringa sin obstáculo y sin misericordia. *Se pe premente Deo fest Deus alter opem.*

Otra diversión más favorable le hizo sin pensarlo San Francisco de Paula, que hasta entonces había estado friendo sardinas en un caramanchón oscuro. Oyendo apellidar tantas veces San Francisco ocurrió al campo seráfico Querubín armado con una sartén de pescado,

y los San Franciscos chorizos azorados con un tufo tan exótico, juzgando qué enemigos los envolvían por la espalda, volvieron caras, y se batían los menores contra el Mínimo. San Bruno por el contrario auguró por el olor que este era algún sacerdote de su orden acosado por los barbones, y saliendo súbitamente de un tinajón donde se había escondido para guardar la clausura, repartía en santo silencio cachetes sin tino, y mojicones como palos de ciego. *Tanta ne animis cælestibus iræ?*

A este tiempo ya estaba la batalla trabada en toda la línea monástica. San Basilio y San Benito, comandantes de la reserva, la habían armado sobre la Cogulla, sin poder entenderse el guirigay, porque aquél hablaba griego, y éste latín; pero se veía a San Basilio blandir su báculo episcopal que era una tranca desaforada de la puerta de una jaula, y a San Benito levantar una azada del hortelano del hospital, que abría brecha donde se descargaba. Dávalos San Jerónimo gritos enormes en solfa para que lo oyesen sobre su mayor antigüedad, y como no estaban para darla audiencia, con una fuerza hercúlea hacia volar sobre las cabezas de los combatientes un facistol inmenso que él se había formado de las quiebras de una cuba de sesenta arrobas.

San Agustín quiso conferenciar con él como su contemporáneo y amigo, y cogiéndole por la correa lo echó a rodar como jansenista aunque él no entendiese más esto que el griego y el latín de sus competidores. No se creyó por eso el Santo Varón fuera de combate aunque hayáis cubierto de sangre y polvo; juzgaba que San Jerónimo no le había conocido por llevar actualmente hábito blanco, y se esforzaba en hacerle ver que no era San Agustín el fraile, sino el canónigo su amigo.

Pero ya nada se entendía. Tal era la sarracina que metían San Alberto de Jerusalén y San Juan de la Cruz gritando enronquecidos con nosotros sois todos en batalla, que ascendiendo hasta San Elías somos más antiguos que el santísimo sacramento. Y

desgajaban peñascos del Monte Carmelo revueltos con escapularios y la bula sabatina
Sanguis faces, &c isaxa volant, furor arma ministrat.

¡Qué griegos ni troyanos en la noche triste de la quema de Troya! ¡Qué campo de Argante, ni qué patio de la venta de don Quijote combatiendo por la albarda del Rucio, y el yelmo de Mambrino! La gresca era diabólica; el patio se hundía; todos gritaban caridad como Santos, y lo que llovía eran guijarros. ¡Fuego de San Antón! ¡Si pillan los locos al Chulo que movió tal chamusquina en el capítulo electivo de la corte celestial! Por fortuna se había zafado antes que detonase el fuego de la caridad fraternal e incendiase el repuesto de las santas municiones, y había ganado el desván de una escalera de caracol. Desde allí seguro estiraba el pescuezo, para contemplar los atletas en la arena gloriosa. Veía la fraterna que bullía por el patio de los teólogos de garrote, admiraba la vocación ardiente de decir injurias que tenían los santos religiosos, y decía quedito. *Yo me contento con ser San Alejo.— Discite justitiam moniti, et non temnere Divos.*

Es copia. México 5 de agosto de 1817.— *Humana.*

La edición del tomo VI de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Raquel Güereca Durán
Rodrigo Moreno Gutiérrez
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602